

La FLOR del PANTANO



EDITORIAL
TOR

ELUSTAR



00163300



LA FLOR DEL PANTANO

POR JUAN C. ANDERSEN

(Adaptación)



COSTA

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA

- | | |
|---------------------------------------|---|
| 1 - Pinocho en el teatro de títeres | 38 - La carga liviana |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 39 - La alfombra mágica |
| 3 - Los príncipes encantados | 40 - El pájaro que reía |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 41 - La cienicienta |
| 5 - Juanfuerte | 42 - Aventuras del Rey Bedee |
| 6 - Piel de asno | 43 - El muchacho y la fortuna. Fábulas de Samaniego |
| 7 - La princesa y el erizo | 44 - Pinocho en el fondo del mar |
| 8 - Ali Babá y los 40 ladrones | 45 - Gulliver en el país de los enanos |
| 9 - La inocente mensajera | 46 - La bella Dorigen |
| 10 - Pinocho en campo milagros | 47 - Las salamandras azules |
| 11 - El pájaro verde | 48 - Los zuecos maravillosos |
| 12 - Pulgarcito | 49 - Las tres hermanas |
| 13 - Los maestros cantores | 50 - Fábulas de Iriarte |
| 14 - El rey del río de Oro | 51 - El niño raptado |
| 15 - Caperucita Roja | 52 - Barba Azul |
| 16 - Las tres princesas | 53 - Tonino el hormiguero |
| 17 - El triunfo del zorro | 54 - Gulliver en el país de gigantes |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 55 - El tejedor de Segovia |
| 19 - La princesa picarona | 56 - El príncipe Cododae |
| 20 - Simbad el marino | 57 - La amiguita de los pájaros |
| 21 - Canción de Navidad | 58 - La señorita Scuderi |
| 22 - Un viaje maravilloso | 59 - Fábulas de Esopo |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 60 - Constanca |
| 24 - El enano Zacarías | 61 - Nicolásón y Nicolásín |
| 25 - Pinocho en la gruta del monstruo | 62 - Los rosales de la reina |
| 26 - El legrado del moro | 63 - El enfermero del Chacho |
| 27 - El gato con botas | 64 - Grisélidis |
| 28 - El hada de Granville | 65 - Alicia en el país de maravillas |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 66 - Aladino |
| 30 - Meñique | 67 - Genoveva de Brabante |
| 31 - El rey cuervo | 68 - La Sirenita |
| 32 - Almendrita | 69 - Peter Pan |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 70 - El patito feo |
| 34 - El niño perdido | 71 - El hombre que vendió su sombra |
| 35 - Robin Hood | 72 - Los tres pelos del diablo |
| 36 - La isla encantada | 73 - Hansel y Gretel |
| 37 - Pif Paf | |

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

Se trata de una edición artística y de lujo, pero a un precio eminentemente popular

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



LA FLOR DEL PANTANO

I

La princesa egipcia



N una región pantanosa de Suecia, próxima al mar, se levantaba el castillo de un poderoso viking. Este, en sus piraterías por las costas de la Europa meridional, se había apoderado de cuantiosas riquezas. Sin embargo, no era feliz. Y no lo era porque el bien que no se adquiere con todo el oro del mundo —un hijo— no se lo mandaba Dios.

Un hermoso casal de cigüeñas había construido su nido en lo más alto del tejado de la morada de este salteador escandinavo. Y, curiosas como eran,

estaban enteradas de todo lo que ocurría dentro y fuera de la casa. Y lo comentaban animadamente, extrayendo provechosas enseñanzas.

Una tarde, mientras una de las cigüeñas estaba entre los juncos del pantano buscando ranas, vió pasar tres cisnes que volaban de un modo raro. Sospechó en seguida que sólo eran cisnes en apariencia, y se puso a observarlos. Y notó algo inaudito. Las tres hermosas aves fueron a posarse en el tronco de un árbol y, después de mirar a su alrededor, una de ellas se quitó el plumaje y apareció en su verdadera forma, que era la de una bella princesa egipcia. Cerca de allí crecían varias plantas acuáticas que tenían preciosas flores. Con el propósito de tomar algunas de éstas, la joven se metió en el agua mientras recomendaba a los otros cisnes —que eran sus hermanas— que le cuidaran el ropaje de plumas en tanto ella iba a buscar lo que su padre, el rey de Egipto, necesitaba para curarse del grave mal que lo tenía postrado en cama. Sus compañeras dijeron que sí, pero apenas la princesa se hubo internado en el pantano, tomaron su vestido de cisne y, levantando vuelo, se alejaron mientras lanzaban estridentes graznidos que sonaban en aquella soledad como horribles carcajadas.

La princesa empezó a gemir y a gritar, y sus lágrimas empaparon un árbol espinoso y retorcido que había allí cerca, el cual, tomando vida humana, agarró a la joven con sus más poderosas ramas y la sumergió en las aguas espesas y verdosas. Aquel árbol animado no era otro que el Rey del Pantano, y acababa de apoderarse de una de sus más codiciadas presas.

II

La flor del pantano

La cigüeña, que se había quedado muy impresionada con el suceso, todos los días iba al lugar donde la princesa había sido tragada por las aguas muertas, y se quedaba largo rato contemplando la tranquila superficie, como esperando ver reaparecer a la hermosa joven. Pero todo era inútil. Sin embargo, una mañana temprano vió en aquel mismo sitio el pimpollo de una flor, la cual, al recibir las primeras caricias del sol, se abrió y en medio de su corola apareció una niña tan hermosa y rosada como los pétalos que la cobijaban. Los rasgos de su carita eran exactamente los mismos de la princesa egipcia.



Levantando vuelo se alejaron...

Recordando la cigüeña que la esposa del viking del lugar suspiraba por un hijo, tomó a la criatura y la llevó al castillo, dejándola caer entre los brazos de la dueña de casa que en ese momento estaba entregada al sueño.

Grande fué la alegría de la buena mujer cuando a la mañana siguiente, apenas se despertó, vió a la hermosa niña sobre su pecho. Creyendo que se la había mandado Dios, la besó y la acarició con ternura, pero la criatura, lejos de dar muestras de satisfacción por tales demostraciones de afecto, chillaba y pataleaba como si la estuvieran castigando. Por fin se durmió. ¡Y qué bonita era entonces, sin las facciones demudadas por el llanto y la ira!

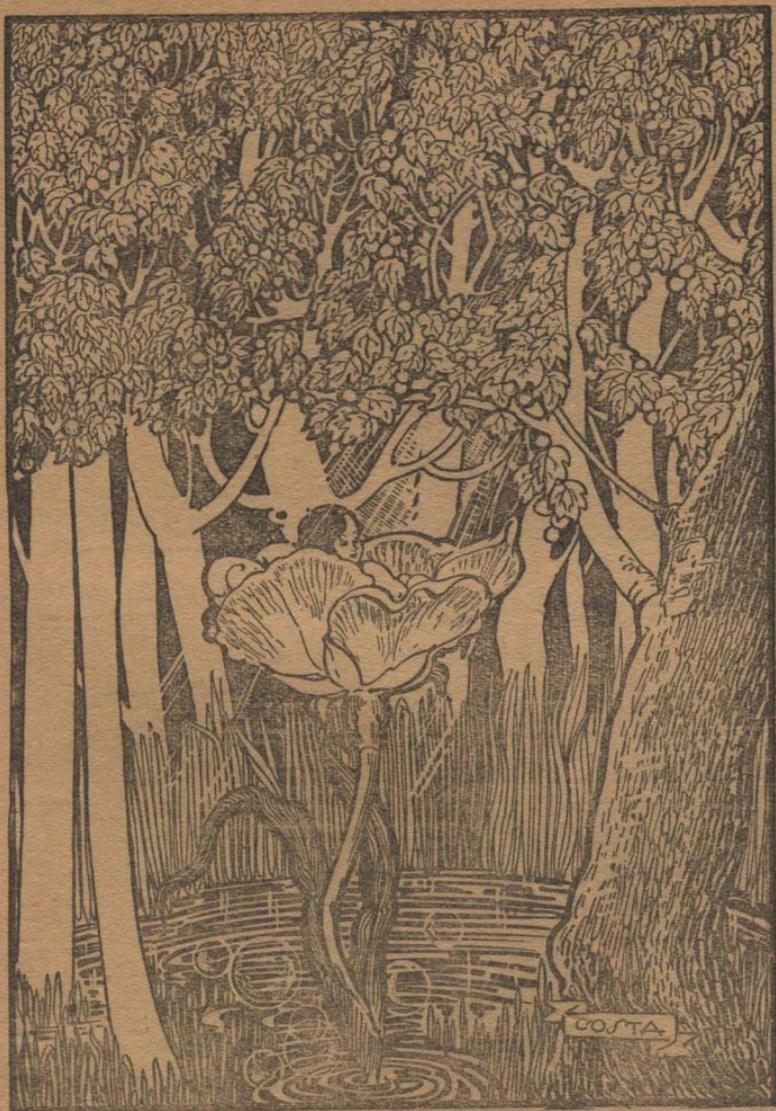
La esposa del viking estaba loca de contento. Y su entusiasmo llegaba al delirio cuando pensaba en la alegría que proporcionaría a su marido cuando regresara de sus correrías.

III

La horrible transformación

Para que su esposo encontrara la casa engalanada como correspondía al acontecimiento que había ocurrido en ella, la mujer del viking ayudó a sus servidores a ponerlo todo en orden, a pulimentar los escudos que colgaban de las paredes y a colocar los mejores tapices. De manera que aquella tarde estaba tan rendida que se durmió temprano y profundamente, teniendo a su lado a la recién nacida.

Poco antes de amanecer se despertó y se alarmó



Apareció una niña hermosa y rosada.



La mujer del viking ayúdó a sus servidores...

sobremanera al notar que su hijita había desaparecido. Al dirigir la vista a todas partes, vió un horrible sapo a los pies de la cama. Se levantó de un salto y tomando un palo se dispuso a darle muerte, pero el animal la miró de un modo tan triste, que no tuvo valor para pegarle. Luego el batracio dió un grito lastimero que sobresaltó a la mujer, la que, no pudiendo soportar aquella espantosa compañía, se dirigió a la ventana y la abrió para arrojar por ella al animal. En aquel momento salía el sol y sus rayos fueron a dar sobre el sapo. Y ocurrió lo inesperado. La ancha boca del animal se fué contrayendo, cambió el color de su piel y sus miembros adquirieron forma humana. No había

transcurrido un minuto cuando el reptu era otra vez la bella niña recién nacida.

—¿Qué es eso, Dios mío? —exclamó la pobre mujer—. Habré sido víctima de una pesadilla, pues ésta es mi hija, tan hermosa como siempre.

La besó y oprimió sobre su corazón, pero la criatura chillaba y agitaba las piernas como una gata arisca.

El viking no llegó aquella mañana ni la siguiente. Y así, pasados unos días y sus noches, su esposa pudo comprender la horrible realidad. No le cabía duda: su hija estaba encantada. Durante el día era una niña muy bonita pero muy mala, y, en cambio, durante la noche, era un monstruo horrible, pero pacífico y bueno, que miraba con ojos llenos de dolor. Por lo visto, había dos naturalezas en el alma y en el cuerpo de la niña, que luchaban sin cesar y que no se complementaban, pues la criatura hermosa tenía una alma de monstruo, y la bestia horrible, un espíritu angelical. ¿Quién podría librar a la infeliz de aquel maleficio? La pobre madre lo ignoraba. Y ésa era su mayor pena, pues, a pesar de todo, quería entrañablemente a la chica y había decidido ocultar a todo el mundo, a su marido inclusive, el espantoso misterio.

IV

La niña despiadada

Una mañana de otoño llegó el viking al castillo con todos sus hombres. Traían un rico botín obtenido en la costa gálica.

A la alegría del regreso se agregó esta vez la que sintió el pirata al saber que era padre de tan

nermosa criatura. Lejos de disgustarse por el carácter de la chica, estaba admirado y se manifestaba complacido. Sostenía que llegaría a ser una valquiria, capaz de tomar parte en las más terribles y sanguinarias batallas.

El vikingo salió otra vez aquel año y su mujer volvió a quedarse con la niña, llegando también a encariñarse con el desdichado sapo. Regresó el hombre una y otra vez, y una y otra vez volvió a salir con su gente.

Mientras tanto la niña, a la que habían puesto el nombre de Helga, crecía. Y su carácter no se modificaba. Antes por el contrario, a medida que tenía más fuerza y discernimiento, empleaba ambas facultades para hacer todo el mal posible. Y así llegó a ser la joven de dieciséis años más hermosa que se pudiera imaginar. Y también la más mala.

Al vikingo le hacían gracia sus horribles travessuras. Y, como todo el mundo, ignoraba que su alma y su cuerpo se transformaban durante la noche.

Helga montaba en pelo como el más consumado jinete, y con frecuencia se arrojaba al mar desde lo alto de un acantilado para ir a nado al encuentro de su padre cuando éste regresaba de sus pillajes.

En cuanto a la esposa del vikingo, aunque era una mujer enérgica, se conducía con su hija como la más cariñosa de las madres, pues sabía que era víctima de un encantamiento. A veces la chica la asustaba sentándose en el brocal del pozo y dejándose caer al fondo, de donde salía fácilmente gracias a que tenía naturaleza de sapo.

El crepúsculo era lo único que contenía a la desalmada joven. Tan pronto empezaba a morir el día



Durante la noche era un monstruo horrible.

permanecía quieta y pensativa y se dejaba mandar sin rebelarse. Por instinto, se acercaba a su madre, y en cuanto se había puesto el sol y se operaba el horrible cambio, no se movía del lado de ésta. De acuerdo con su edad, resultaba ahora un sapo mayor que los comunes, siendo, por lo mismo, más repugnante. Parecía un enano monstruoso, pero en sus ojos había siempre una expresión que daba lástima. Cuando deseaba algo, como no podía hablar, croaba con voz hueca. Y entonces la mujer del viking la ponía en sus rodillas y mirándola a los ojos llegaba a olvidarse de su horrible y asqueroso cuerpo.

—A veces desearía que siempre fueses así —so-
lía decirle—, pues me asustas más, mucho más,
cuando luces toda tu hermosura.

V

El rey enfermo

Un año, al llegar los primeros fríos, las cigüeñas que tenían su nido en el tejado del castillo del viking emigraron y llegaron a Egipto instalándose en lo alto de la cúpula principal del palacio del rey. Y, curiosas como eran, no tardaron en enterarse de lo que ocurría dentro y fuera de la casa, que era, por cierto, digno de comentarse.

El soberano estaba tendido en el lecho sin poderse mover apenas. Ya no tenía esperanzas de curación, pues la flor del pantano de las tierras del norte que debía traerle la persona que más quería, no le podía ser entregada. Su joven y hermosa hija, que, con plumaje de cisne, emprendió vuelo a



Una mañana llegó el viking al castillo

las regiones nórdicas, no regresaría jamás. Las dos hermanas que la habían acompañado, al volver sin ella hicieron con fingida pena al doliente rey el siguiente relato:

“Volábamos a gran altura, cuando un cazador nos descubrió y nos arrojó una flecha, la que fué a atravesar a nuestra querida hermana, que cayó junto a un lago. Le dimos sepultura y la vengamos, poniendo fuego bajo las alas de una golondrina que anidaba en el alero de la casa del cazador. Esta se incendió, y el asesino murió carbonizado, pagando así su crimen”.

Luego se reunieron los sabios doctores y dijeron que el enfermo no tenía salvación, puesto que la flor del pantano debía haberla traído la hija que más amaba, ¡y la hija que el rey de Egipto más amaba había muerto!

El sacerdote cautiv

Aquel otoño el viking regresó a su castillo más pronto que de costumbre. Entre los prisioneros que traía había un joven sacerdote cristiano, uno de aquellos hombres temerarios que perseguían a los dioses falsos del Norte. Ya se habían entablado grandes discusiones acerca de la nueva fe, que se difundía rápidamente por las tierras del Sur. Incluso la joven Helga había oído hablar del "Cristo Blanco" que, movido por su amor hacia los hombres, se había sacrificado por la salvación de éstos. Claro está que a la desalmada chica tales noticias le entraron por un oído y le salieron por el otro, como vulgarmente se dice. El significado de la palabra Amor sólo le resultaba comprensible cuando la infeliz adquiría la forma de sapo en su dormitorio, donde solamente entraba su madre. Pero ésta se había enterado también de lo que se hablaba, y se sintió conmovida ante los relatos que se hacían sobre el Hijo del Dios único y verdadero.

El joven sacerdote fué encerrado en uno de los calabozos que había en los sótanos del castillo, atado de pies y manos con tiras de corteza de árbol.

La mujer del viking se compadeció de él, pero la joven Helga propuso que lo torturaran y lo llevaran finalmente al sacrificio.

Por eso aquella noche, cuando la muchacha cambió de forma y de alma, la buena mujer le dirigió tiernos reproches. El sapo la miraba tristemente y parecía comprender. Y cuando la afligida madre,



Permanecía quieta y pensativa...



Entonces florecieron los juncos, y las oril



...s cenagosas se cubrieron de flores...

después de uerramar amargas lágrimas, se alejó, el animal con sus torpes manos tomó un cuchillo y a saltos se dirigió a los calabozos. Corrió el pasador de hierro que sujetaba la tranca de la celda del sacerdote y entró. El preso estaba dormido. El battracio lo tocó con sus frías manos, y cuando aquél despertó y vió ante sí al horrible monstruo, se estremeció y creyó en una aparición. El sapo empuñó el cuchillo, cortó las ligaduras que sujetaban al sacerdote, y luego le hizo seña de que lo siguiera. El prisionero pronunció el nombre de Dios y trazó el signo de la cruz, y como el animal permaneciera impasible, como si no comprendiera la actitud del sacerdote, éste le preguntó:

—¿Quién eres tú, que con ese aspecto de monstruo realizas obras de misericordia? ¿No posees, acaso, el don de la palabra?

El sapo se limitó a repetir el ademán de que lo siguiera y lo llevó a una caballeriza donde le señaló un potro en el cual montó después que el sacerdote lo hubo hecho.

Comprendió el cautivo lo que se proponía el battracio, espoleó al caballo y se alejaron del lugar. Olvidó el aspecto de su compañero de viaje, comprendiendo que el Señor obraba valiéndose de los espíritus de las tinieblas. Después de rezar, entonó unos cánticos sagrados que hicieron temblar al sapo. ¿Ejercerían influencia en él las oraciones o temblaba porque recibía el aire helado de la aurora que se acercaba? El animal se incorporó y pretendió anearse de un salto, pero el sacerdote lo sujetó y entonó un salmo como si quisiera destruir el horrible y diabólico encantamiento que pesaba sobre el infeliz.

VII

El milagro

En eso se tiñó el cielo de púrpura y los primeros rayos del sol atravesaron las nubes. En cuanto la luz tocó al sapo se produjo la transformación. Y allí estaba Helga, tan hermosa y tan endemoniada como de costumbre. El sacerdote se quedó aterrado. Creyendo que aquello era una de las tantas tretas del diablo, detuvo el caballo y se apeó. La joven hizo lo mismo, y empuñando el cuchillo que llevaba en el cinto, se arrojó sobre el fugitivo, dispuesta a matarlo.

Ambos lucharon. Una fuerza sobrenatural parecía dar mayor vigor al sacerdote, quien logró do-



“Volábamos a gran altura, cuando un cazador...”

minar a la joven, agarrándola fuertemente de los brazos. A su lado cantaba un manantial y él lo bendijo y salpicó a su contendiente con el agua, ordenando al espíritu del mal que abandonara aquel cuerpo, al mismo tiempo que hacía la señal de la cruz. Pero las aguas bautismales no tienen virtud alguna si el bautizado adulto carece de fe. Sin embargo, Helga dejó de forcejar y miró asombrada a aquel hombre que parecía ser un mago poderoso. Tembló al ver la señal de la cruz hecha sobre su frente y en su pecho y se sentó ante él, como fiera domesticada. El sacerdote prometió salvarla. La llevaría a la ciudad de Hedeby, donde estaba el santo Ansgarius, y allí quedaría destruido su encantamiento.

Sin oponer resistencia, la joven dejó que su acompañante la subiese a la grupa del animal. Después de unir dos ramitas en forma de cruz que empuñó con su diestra, él montó a su vez y reanudaron la marcha. Y así anduvieron todo el día, hasta que en las últimas horas de la tarde unos saltadores les cerraron el paso, obligando a los jinetes a desmontar. El sacerdote, que no contaba con otra arma que el cuchillo de Helga, se defendió como pudo, pero al fin cayó muerto de un fuerte mazazo en la cabeza.

Los bandidos se apoderaron entonces de la muchacha tomándola por sus blancos brazos, pero como en aquel momento se ponía el sol, tan pronto el último rayo se desvaneció, Helga se transformó en el horrible sapo de todas las noches. Los saltadores la soltaron, aterrados, y ella, a grandes saltos, consiguió internarse en el bosque, mientras los malandrines decían que aquello debía de ser



El sapo la miraba y parecía comprender

obra del diablo, y abandonaban el lugar llenos de miedo, decididos a no aparecer más por aquellos contornos que creían embrujados.

Brillaba ya la luna llena en el firmamento cuando el sapo volvió al lugar de la lucha y miró el cadáver del sacerdote, con ojos llorosos, estallando un sollozo a su garganta. Para que las fieras no lo devoraran, lo cubrió con piedras y ramas. En aquella tarea había empleado toda la noche, de manera que el nuevo día sorprendió a la bella joven, por primera vez en su vida, con los ojos llenos de lágrimas. Y estaba más hermosa que nunca, pues había en ella un destello de ternura.

Miró temblando a su alrededor, como si todavía lucharan en ella sus dos naturalezas y estuviera despertando de una horrible pesadilla. Se apoyó

en el tronco de un árbol corpulento y finamente se decidió a trepar por él para esconderse entre sus ramas, pues tenía miedo de algo que no acertaba a definir. Permaneció allí durante todo el día, y cuando el sol se aproximaba a su ocaso, la cercana transformación la obligó a descender. Al desaparecer el último rayo solar, se operó en ella la acostumbrada metamorfosis, pero sus ojos ya no eran aquellos que reflejaban una intensa pena interior, sino los de una muchacha con ansias de vivir, aunque llenos de lágrimas que, al derramarse abundantemente, aliviaban su atribulado corazón. Y así, llorando y gimiendo con verdadero desconsuelo, pasó varias horas.

Junto a la tumba vió la cruz de ramas que el sacerdote había hecho, e, inconscientemente, la tomó y, poniéndola entre las piedras del improvisado sepulcro, se deshizo en nuevo llanto y trazó aquel mismo signo en la tierra. Entonces se operó el milagro. Mientras con ambas manos hacía la señal de la cruz, cayó la arrugada y verdosa piel que cubría sus dedos, como si fuera un guante roto. En seguida se fué a lavar las manos en un manantial bendecido por el sacerdote, y contempló asombrada su deslumbrante blancura. Volvió a trazar el signo de la cruz entre ella y el muerto, y notó que temblaban sus labios, se agitaba su lengua y pronunciaba el nombre de Jesucristo. Como al conjuro de esta divina palabra, cayó la piel de sapo que cubría su cuerpo y fué, por primera vez en la noche, la hermosa joven que todos admiraban a la luz del día. Pero se sentía cansada, enormemente cansada. Y se durmió...



Como permaneciera impasible, le preguntó...

VIII

Bautismo de amor y de vida

Breve fué el sueño de la hermosa Helga. A medianoche despertó, y vió de pie a su lado al sacerdote asesinado por los bandidos.

—Flor del Pantano —le dijo el mártir—, del barro procedes y del barro tendrás que elevarte. No puedo llevarte a Hedeby para que te bauticen. Antes habrás de romper el escudo que cubre la ciénaga para sacar de allí a tu verdadera madre, que no es la esposa del viking, sino la hija predilecta del rey de Egipto.

Subieron los dos a caballo y se dirigieron al pantano. Una vez en él, el sacerdote elevó la tosca cruz de ramas, que ahora brillaba como el oro, y entonó unos cánticos sagrados. Entonces florecieron los juncos, y las orillas cenagosas se cubrieron de flores. Las plantas acuáticas se extendieron como una alfombra en la superficie del pantano, y sobre ésta Helga vió dormida a una mujer joven y hermosa. Al contemplarla, creyó ver su propia imagen reflejada en las aguas muertas. Pero en realidad a quien veía era a su madre. El sacerdote ordenó a la durmiente que se levantara y los acompañara en su viaje. Así lo hizo la princesa Egipcia, pero en aquel momento cantaron los gallos del castillo del viking y desapareció la visión del sacerdote y el caballo como niebla que barre el viento. Pero madre e hija estaban una al lado de la otra. Se dieron un fuerte abrazo, y dijo la princesa:



Cayó muerto de un fuerte mazazo

—Hija, tú eres la flor del pantano que vine a buscar para mi padre enfermo.

Y se puso a llorar sobre la joven. Y sus lágrimas fueron el bautismo de amor y de vida que necesitaba Helga para romper el encantamiento.

Mientras tanto, la cigüeña que había llevado la flor del pantano a la esposa del viking, al enterarse de lo que pasaba, fué a su nido y volvió con dos vestidos de cisne que había arrebatado a las malas hermanas de la princesa egipcia, y arrojándolos sobre Helga y su madre, les contó todo lo que sabía y las invitó a ir con su bandada a las regiones del Nilo, donde el viejo rey seguía esperando en su lecho de dolor la flor que podía devolverle la salud.

—Esta flor —dijo la princesa— volará a mi lado envuelta en el albo plumaje de un cisne.

Y abrazando a su hija, la invitó a ponerse la vestidura. Ella hizo lo propio y poco después se-

guían por los aires a las cigüeñas que, como todos los otoños, se dirigían a Egipto.

IX

Sueño feliz

Mientras tanto, en el castillo todos estaban entregados al reposo. La esposa del viking se había acostado tarde, pues la prolongada ausencia de Helga, a la que no veía desde hacía tres días, la llenaba de inquietud. Se enteró que había huído con el sacerdote cristiano, cuya fuga sin duda le facilitó. También faltaba un caballo. No se explicaba cómo una muchacha de tan malos sentimientos podía haber obrado de aquel modo. Y recordó los milagros que, según le contaron, había realizado aquel que conocían por el Cristo Blanco.

Tales pensamientos tomaron forma en sus sueños, y le pareció que aun estaba despierta y sentada en la cama, cuando estalló una tempestad. Helga estaba a su lado, en el suelo, en su roeturna forma de sapo. Temblaba y se aproximaba a su madre adoptiva, que la ponía sobre sus rodillas y la estrechaba contra su corazón. La tempestad arreciaba como nunca. Había llegado, sin duda, la hora en que habían de desaparecer la tierra y el cielo, según la religión escandinava. Y surgirían una nueva tierra y un nuevo cielo. Reinaría el dios a quien nadie puede nombrar, y hacía él se elevaría el hombre redimido del reino de los muertos. Este se acercaba ya, y la esposa del viking reconoció en él al sacerdote cristiano.

—¡Cristo Blanco! —exclamó, y al mismo tiem-



Temblaban sus labios, se agitaba su lengua...

po estampó un tierno beso en la frente del horrible sapo.

Inmediatamente cayó la piel del batracio y entre sus brazos vió a Helga, cariñosa como nunca había sido. Esta besó las manos de su madre adoptiva y la bendijo por sus cuidados y por haber pronunciado el nombre de Cristo Blanco. Y en seguida se elevó en el aire en forma de cisne y desapareció por la ventana.

La buena mujer despertó al oír un fuerte batir de alas en el exterior. Sabía que aquélla era la época en que las cigüeñas emigran al sur. Quiso verlas una vez más, y salió al balcón. Y en el brocal del pozo donde Helga se complacía en asustarla, vió dos cisnes blancos que la miraban con ojos inteligentes. Recordó su sueño y les tendió los brazos. Las aves entonces agitaron las alas, inclinaron la cabeza a modo de saludo y reanudaron el vuelo interrumpido, siguiendo a la bandada de cigüeñas.

X

La salud del rey

—¿Son aquéllas las altas montañas de que tanto he oído hablar? —preguntaba Helga a su madre mientras volaba rumbo al sur.

—No. No son más que nubes tempestuosas.

—¿Y esas nubes tan altas?

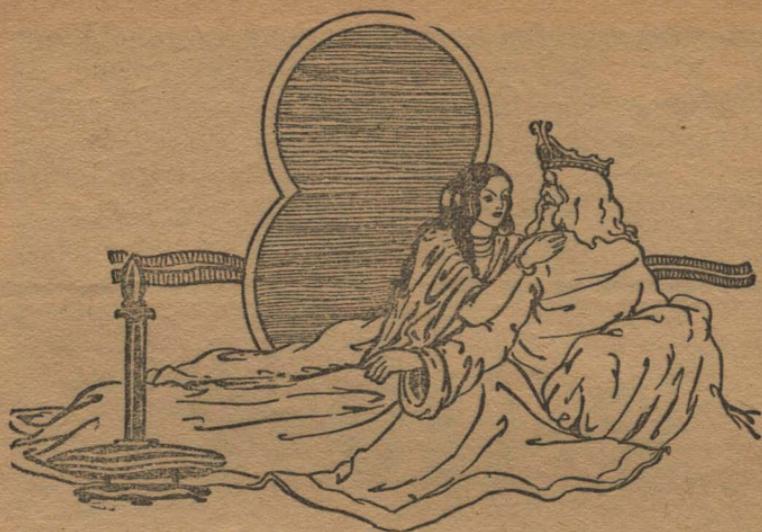
—Son montañas cubiertas de nieves perpetuas. Estamos volando sobre los Alpes.

Horas más tarde la princesa exclamó en un grito de júbilo:

—Allá se ve la tierra de Africa. ¡Egipto!



Y surgirían una nueva tierra y un nuevo cielo.



Apenas rozó con sus labios...

Las demás aves la vieron también, y apresuraron el vuelo.

—Han vuelto las cigüeñas —comentaban en el palacio del rey.

Este yacía sobre blancos almohadones y cubierto por una piel de leopardo. Parecía un cadáver, pero no estaba muerto. Lo mantenía la esperanza del regreso de su hija predilecta con la flor del pantano que iba a devolverle la salud. Parientes y servidores rodeaban el lecho cuando penetraron en la cámara real los dos cisnes que habían llegado con las cigüeñas. Se quitaron sus blancos plumajes, y ante los ojos maravillados de los presentes aparecieron dos hermosas mujeres, tan parecidas entre sí que se hubiera dicho que eran gemelas.

La princesa fué la primera en inclinarse sobre el yacente, en cuya frente estampó un beso. Después hizo lo propio Helga, y apenas rozó con sus labios la arrugada piel del enfermo, el color reapareció en las mejillas de éste y nueva vida reanimó sus tullidos miembros. Se incorporó lleno de energía, y recibió en sus brazos a su hija y a su nieta.

La flor del pantano, de cuya esencia estaba formada la joven, había devuelto la salud al doliente monarca.

XI

Un invitado del cielo

Al otoño siguiente, un águila se posó en lo alto de las pirámides de Egipto desde donde vió una lujosa caravana cuyos camellos llevaban preciosas cargas. Componían la imponente comitiva hombres cubiertos de resplandecientes armaduras, montados en fogosos caballos árabes blancos como la plata.

Un príncipe de Arabia, hermoso y apuesto, se acercaba a la mansión del soberano egipcio al cual pidió la mano de la bella Helga.

El viejo rey se la concedió en el acto, pues ya estaba enterado por unos emisarios llegados con anterioridad, que se trataba del heredero de un poderoso trono, que a su condición de tal agregaba la no menos estimada de ser un cumplido caballero.

La princesa recibió complacida la noticia de su próxima boda. Y días más tarde se realizaba és-

ta con la pompa que correspondía a novios de tan elevada alcurnia.

Durante el banquete Helga no miraba a su esposo, aunque estaba enamorada de él. Su vista se dirigía a una brillante estrella que parpadeaba en el cielo. Y cuando más ensimismada estaba, se oyó un fuerte aleteo. Eran las cigüeñas de los países nórdicos que regresaban.

Inmediatamente la princesa abandonó el comedor y se dirigió a la galería para acariciar a las aves recién llegadas. Estas, que la conocían, inclinaron sus cabezas a modo de saludo. Helga volvió a mirar la estrella, que por momentos parecía más radiante. Y entre ella y el astro vió flotar una sombra más pura que el aire y, sin embargo, visible: era el sacerdote mártir, que asistía a las fiestas de la boda de la joven que lo había salvado.



SC
LID
C-LA
74





CUENTOS INFANTILES
LA ABEJA

74